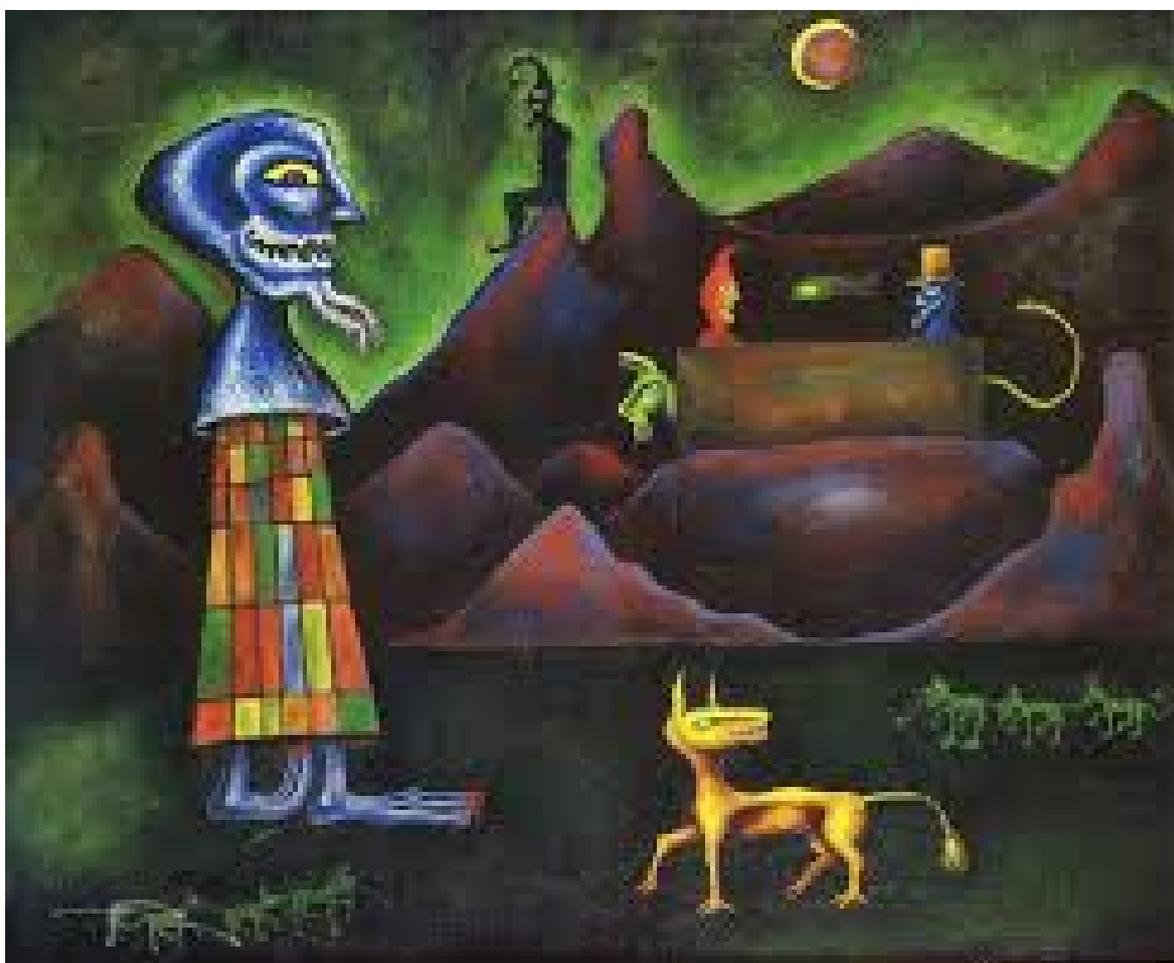




DE 14 A 20



De 14 a 20, revista literària. Núm. 4, febrer 2018.

Institut Puig Castellar
Santa Coloma de Gramenet

ÍNDEX

• Presentació.....	4
◦ Maripili y yo.....	5
◦ En dos segundos.....	9
◦ 7017.....	11
◦ Caerán como los ángeles.....	16
◦ La reina de las Amazonas.....	18
◦ Consejos a un joven escritor.....	30
• Bases V convocatòria.....	36



Joan Ponç, guaix dedicat a Joan Brossa (1950)

Joan Ponç (Barcelona, 1928-Sant Pau, Alps Marítims, 1984), pintor d'avantguarda de la postguerra, va fundar entre altres artistes el grup Dau al Set. Fins al 4 de febrer de 2018 s'ha pogut veure a La Pedrera de Barcelona una extraordinària mostra del seu geni.

* * *

PRESENTACIÓ

Al llarg de les quatre convocatòries anteriors d'aquest concurs literari, **De 14 a 20**, els membres del jurat hem tingut unes quantes sorpreses agradables en llegir alguns dels relats presentats, i esperem que també els lectors hagin compartit aquesta mateixa sensació llegint en aquesta publicació els contes guanyadors i alguns dels finalistes. Hem de situar degudament els autors d'aquests relats, joves colomencs d'uns 16 anys de mitjana que malgrat pertànyer, com s'ha dit moltes vegades, a una generació obsesionada per les pantalles, troben temps i gust per escriure relats amb imaginació, sensibilitat i sentit de l'humor i, de pas, per donar-se a si mateixos i als lectors una altra dimensió, no *apantallada*, de la vida i dels somnis. No sabem quants d'aquests joves continuaran escrivint; no podem saber encara tampoc els efectes del concurs sobre la seva formació literària. En tot cas, esperem que siguin efectes positius i estimulants, i que aquests relats els portin a escriure i a llegir llibres inoblidables: el gust i la sensibilitat es conreen amb la pràctica d'escriure i amb la lectura. A més a més, igual que certs arbres que triguen en donar fruits, alguns relats i llibres que llegim tenen efecte retardat, no immediat. De fet, moltes coses bones a la vida es fan esperar: tant de bo que sigui així amb els fruits literaris dels joves que cada any presenten els seus relats al nostre concurs, guanyin o no. Quant a la qualitat, no cal recordar que, mentre a les ciències sempre hi ha uns criteris objectius per validar determinats avanços, a la literatura i a l'art en general, el criteri és moltes vegades subjectiu. Els relats que t'agraden a tu no sempre gusten als teus amics, i això depèn de molts factors, especialment de la pròpia educació literària de cadascú.

El 20 d'abril de 2017, tal com estava previst, el jurat d'aquest concurs va reunir-se i, un cop decidit per unanimitat el relat guanyador, “Maripili i jo” (de Sergio Utrero Preciado, de 16 anys), va deliberar llargament sobre diferents finalistes fins trobar els tres definitius: “Caerán sobre los ángeles” (Julián Martínez, 16 anys), “En dos segundos” (Isabel M^a Milla, 17 anys) i “7017” (de Cristina Jiménez Caballero, 17 anys). La deliberació del jurat, lògicament, tenia a veure amb el que dèiem del gust personal, que sempre és molt lliure.

Quan parlem de conrear el gust literari, pensem en llibres que s'han de llegir per saber, gaudir-ne i n'aprendre del què han escrit els grans autors; l'educació de la sensibilitat, però, no depèn solament dels llibres, sinó de moltes altres experiències; per exemple, la de conèixer l'obra dels grans pintors.

Fins al 4 de febrer, a La Pedrera hi ha hagut la possibilitat de veure una exposició de pintures de Joan Ponç, un dels grans artistes del segle XX. Com que creiem que no tothom ha pogut veure-la, donem en aquestes pàgines, a manera de petit homenatge, una mostra, malgrat sigui en blanc i negre, d'algunes de les seves obres. Al cap i a la fi, la pintura també ens explica la vida i els somnis.

MARIPILI Y YO¹

Sí, lo confieso, soy un friki y estoy enamorado. Esta coordinación copulativa puede parecer rara pero es lo que hay.

Hace tiempo que amo, en voz activa porque me temo que en pasiva la cosa no funciona: no soy amado. Por lo que sea, Maripili no quiere concordar conmigo ni en número ni en persona. Mi pasión por ella solo la puede entender Lope, sí, sí, el de la Vega, porque lo dijo muy clarito y sin metáfora: *esto es amor, quien lo probó lo sabe*. Pero claro el “esto” anafórico tiene miga, hay que joderse cuando el amor llega a tu vida y pasa de largo como un complemento circunstancial.

El caso es que Maripili me sustituyó por un pronombre personal, él, y mi yo quedó, por lo menos, elíptico. El referente de ese pronombre tiene nombre propio y, además, aposición, que me irrita sobremanera cada vez que lo escucho: Josemari, el Eros de bachillerato. El puñetero se llevaba de calle a todos los pronombres personales femeninos del instituto; se le atribuyen, no sé por qué, los adjetivos calificativos en grado superlativo. ¡En fin, un excremento! No quiero rebajarme al registro vulgar.

Yo, en cambio, soy un friki sin función alguna, destinado a quedar en el olvido y morir como palabras arcaicas o excluidas del diccionario. Mi madre es la única que me califica en grado positivo, será porque madre... no hay más que una. Vamos, que soy una especie de verbo defectivo o, peor, un vocablo sin posibilidad de formar una palabra compuesta. ¡Con lo que me gustaría derivarme, componerme o parasintetizarme con Maripili!

Pero todo esto cambió en pleno solsticio de verano. Esa noche se celebraba un baile de fin de curso muy al estilo americano; el problema es que no tenía ningún determinante que me acompañase, así que acudí solo, con la soledad de un verbo transitivo sin complemento directo.

Los diferentes componentes oracionales del instituto danzaban cual verbos de movimiento en la pista adornada para la ocasión. Hacía calor y esta afirmación no por impersonal resultaba menos calurosa.

Sentado en una silla junto a un único verbo irregular, miraba y miraba a Maripili de reojo ejercitando plenamente la locución adverbial. Pasó, mejor dicho se pasó —intensifico el se dativo para demostrar mi interés en el evento— toda la noche con su campo semántico pero no con su sujeto particular, activo, y, se supone, protagonista de su acción amorosa.

Finalmente, ¡vivan los marcadores textuales, los conectores y la madre que los parió!,

¹ Este relato resultó ganador en la cuarta convocatoria del concurso **De 14 a 20**.

cuando iba a irme de allá sobre las cuatro de la madrugada para seguir escribiendo el relato de este concurso, Maripili se me acercó. Estaba tan cerca de mí cual complemento de régimen verbal con su preposición. Ese fue el comienzo de lo que llegaríamos a formar juntos: un SN sujeto y un SV predicado, una estructura tan simple como grande y compleja. Lo que viene a ser... una relación amorosa.

Las primeras palabras que articuló no las recuerdo muy bien, solo asentía con la cabeza sin enterarme de nada como ella misma hacía en las clases de Lengua, porque digamos que la sintaxis no era lo suyo, iba más perdida en el tema que un determinante acompañando a un verbo en forma personal. Al final logré entender que requería mi ayuda para aprobar la asignatura en setiembre por lo que acepté sin rechistar. Podía ser una puerta hacia la oración compuesta, difícil pero posible. Después me dirigí al complemento circunstancial de lugar en el que vivo para poder asimilar el momento vivido con Maripili. Cogí las *Rimas y Leyendas* de Bécquer para inspirarme y endulzarla con los encantos de la poesía romántica del siglo XIX. Sí, poesía era ella.

A la mañana siguiente, antes de comenzar mi función diaria, recibí un mensaje de Maripili en el que decía textualmente: “Gracias por aceptar prestarme tu ayuda para aprobar Lengua, ya me dirás qué circunstancial de tiempo y lugar le ponemos a nuestra quedada”.

Me quedé gratamente sorprendido al ver que hiciera referencias sintácticas, incompletas, pero interesantes; no me lo esperaba de quien tiene problemas para diferenciar una pasiva refleja de una impersonal, con lo fácil que es. Además, pensé —sumando información con este extraordinario conector— que del circunstancial de modo... ya me encargaría yo. El caso es que aunque no distinga un complemento predicativo de un circunstancial de modo, yo la amo y cueste lo que cueste seré amado, porque Maripili me hace tan feliz como un verbo copulativo con su atributo.

Contesté a su mensaje con una oración simple como el mecanismo de un pito pero efectiva: “Te haré la reina de mi sintaxis”. Sujeto elíptico, verbo predicativo, complemento directo (con un complemento de nombre) y... mi complemento indirecto.

Su contestación no tardó en llegar, haciéndose la remolona cual verbo copulativo con valor predicativo, me dijo sin tapujos: “Si así apruebo Lengua, seré tu Dulcinea del Toboso”.

Con ese mensaje me ganó. Si antes estaba enamorado, ahora lo estaba todavía más si cabe. No podía creer que alguien como yo, más raro que un pronombre relativo, fuera objeto de ese interés, y sí, lo sé, interés es el vocablo apropiado. Pero, en fin, dejémonos de rollo sintáctico-metafísico y vamos a la acción verbal.

Por fin llegó el momento de conjugar mi vida en la primera persona del plural del presente de indicativo. Y... empezamos el repaso por lo más simple, la fascinante estructura del sintagma nominal. Y... estábamos solitos, valga la ternura del diminutivo.

Por desgracia, el asunto no iba a ser tan fácil como reconocer un sujeto. Alguien llamó a la puerta. Era Josemari. Cuando lo vi me enfadé más que una pasiva cuando no tiene su complemento agente, ¡acababa de joder el momento perfecto de concordarme con Maripili!

Entró con aires de ganador, como si hubiese descubierto la función de una proposición subordinada sustantiva, aunque pensándolo bien no creo que supiera lo que es. Josemari es de ciencias y se pavonea en las clases de Física al demostrar las leyes de Newton, patético. Y es que, si hay algo que no aguanto, es ver cómo los científicos escriben signos y numerales que dicen descubrir valores extraordinarios para las últimas letras del abecedario: las magníficas x, y, z... cuando no hay nada más gratificante que analizar una oración compuesta de siete verbos, un par de *ses* y un complemento predicativo de complemento directo.

Pero vayamos al grano. Le preguntó a Maripili el motivo por el que estaba con ella a solas en su casa, a lo que ella le respondió con esta oración compuesta que nunca voy a olvidar: “Ahora soy su reina sintáctica, la que en setiembre será coronada en el reino de la Lengua Castellana con los laureles del aprobado, así que, lárgate y déjame en paz dado que pronto nos pondremos a hacer sustituciones pronominales de comprobación funcional, de manera que te quiero bien lejos de mi circunstancial de lugar”.

Me quedé más alucinado con sus palabras que un niño al descubrir las formas verbales irregulares, pero más alucinó Josemari con ese posesivo contundente que venía a confirmar que yo era su rey sintáctico.

Verbalizando oraciones simples con sujeto elíptico en un registro más que vulgar, se acercó a mí con la intención malsana de golpearme con la potencia de un circunstancial de cantidad tamaño XXL. Sin embargo, la suerte sonrió a este pobre verbo defectivo.

Justo en ese circunstancial de tiempo entró por la puerta la Madre de Maripili, y sí, madre en mayúsculas porque no había visto mujer así desde la lectura —obligatoria por más señas— de *La Casa de Bernarda Alba* de Lorca. No puedo describirla, me faltan adjetivos, no encuentro palabras. Nunca antes me había pasado, por lo que es posible que me sobrevalore a mí mismo un pelín.

La señora Madre pegó unos gritos tan aterradores que no supe identificar la función sintáctica de los varios sintagmas empleados. Era evidente que la relación que mantenían Josemari y Bernarda era peor que la de un predicado nominal y un predicado verbal al querer dominar en una oración. Y tanto en esa guerra como en la de los predicados siempre gana el que más tiene: el predicado verbal, al haber más verbos predicativos que copulativos, y la Madre en este caso tenía un numeral ordinal de edad mucho más alto que Josemari.

El pollo salió con el rabo entre las piernas mientras yo seguía más perplejo que el día que descubrí la existencia del complemento oracional. La Madre había echado a Eros del Bachillerato

de su casa en un pim-pam como el que pone un deíctico sustituyendo todo un largo párrafo. El momento se podría calificar de muy incómodo: un friki sintáctico, un personaje lorquiano y la razón por la que estoy escribiendo esto, mi Maripili. Ninguno vocalizó más allá de algún simple sintagma aislado. No hubo oraciones completas.

Más tranquilos todos, la Madre tomó las riendas de un minidiscurso coherente y cohesionado sobre las actitudes violentas en la sociedad de consumo. Finalmente explicitó que aún no había acabado de hacer la compra y que solo había venido a dejar un par de bolsas porque no podía más. Aquella manera con la que se refirió a su acción como que aún no estaba acabada era simplemente perfecta, daba pie a quedarme más tiempo con Maripili estudiando sintaxis.

Una vez solos, Maripili y yo como sujeto protagonizamos la acción del verbo besar en una preciosa oración recíproca. De nuevo, no puedo describirla, ni analizarla, me faltan adjetivos, no encuentro palabras. Nunca antes me había pasado, por lo que se confirma que me sobrevaloro lingüísticamente. ¡Vaya tarde que llevaba!

El verano pasaba y Maripili mejoraba en Lengua. Después de mucho esfuerzo y dedicación por fin consiguió aprender las formas verbales más irregulares, ¡incluso me escribió una carta para mi cumpleaños analizada sintácticamente! Yo era feliz, juntos practicábamos lengua en todas sus modalidades. Por fin había dejado de ser un triste *se* impersonal para ser un esplendoroso *se* pasivo reflejo: me dejaba querer.

El verano llegó a su final y a Maripili, la hora del examen. La acompañé como un buen determinante a su sustantivo al circunstancial de lugar donde me había convertido en la fiera sintáctica que soy hoy. El aula de Lengua nos esperaba.

Estaba seguro de que aprobaría el examen como cuando veo un *que* en una oración, sabía que iba a salir bien. Y así fue como pasó, Maripili salió contenta, con la certeza de haber identificado hasta las perífrasis verbales aspectuales.

En aquel momento me di cuenta de que lo había logrado, se podía decir en activa y en pasiva, incluso las gentes por la calle utilizaban recíprocas para hablar de nosotros, *Se aman*, decía la mirada de todo el mundo. Así pues, a modo de celebración, la invité a mi circunstancial de lugar a hacer un repaso de la anatomía humana, porque la lengua ya nos iba muy bien a los dos.

Pero en la vida no es todo tan fácil como localizar un verbo en una oración. Al día siguiente Maripili fue a recoger la nota, y sin sorpresa alguna había conseguido el numeral cardinal más alto que te pueden poner en un examen. No la acompañé porque me quedé en casa leyendo a Neruda y escribiéndole a Maripili una bonita carta de amor.

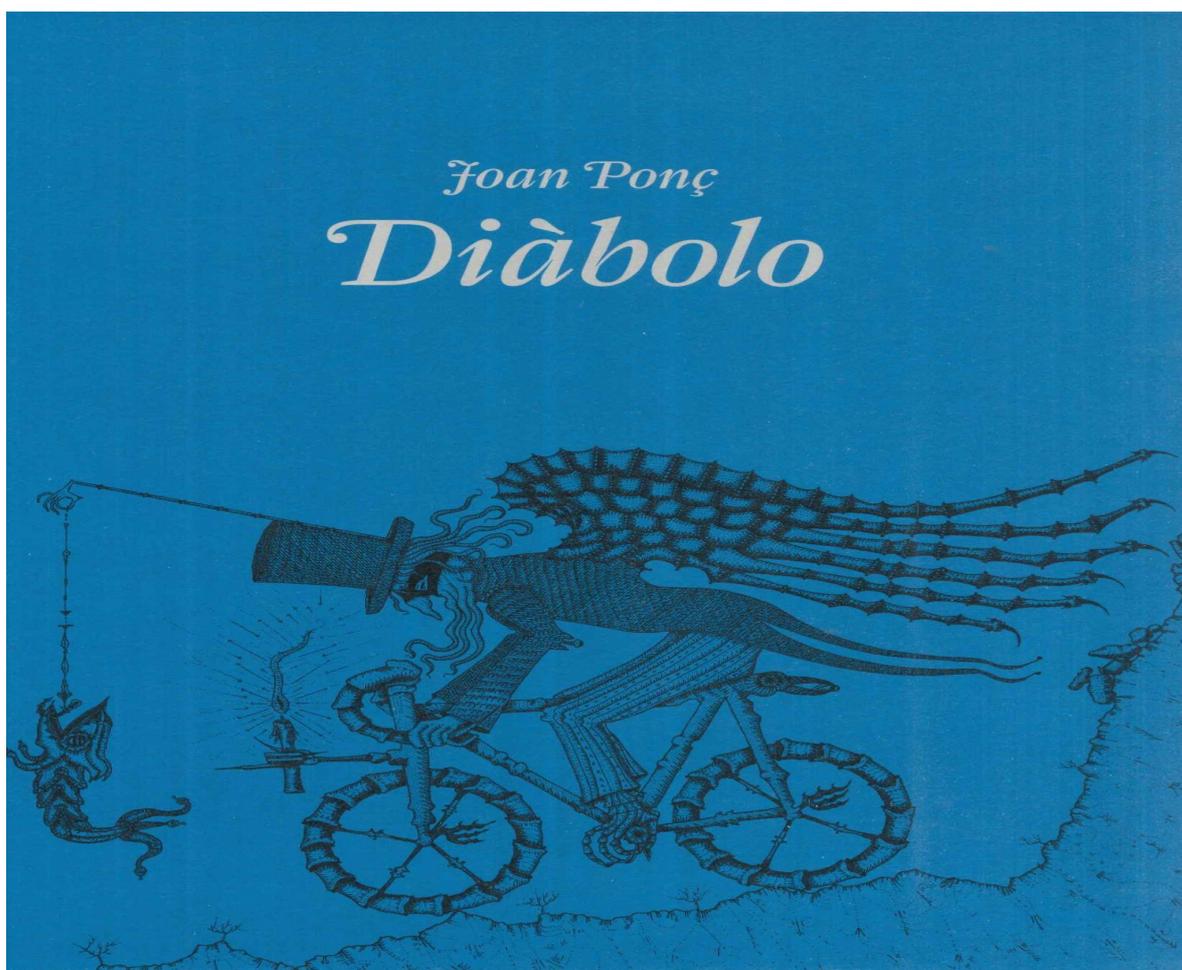
Lo que pasé por alto aquel día fue que Josemari también iría a recoger sus notas. Estaba sediento de venganza y se sentía como una palabra fuera del diccionario desde el día de Bernarda.

Como si fuese el mismísimo Eros bajado del Olimpo endulzó a Maripili.

Ella no apareció por mi circunstancial de lugar e hizo caso omiso de mis interrogaciones que quedaron en retóricas. Me envió un mensaje que decía: “He sacado un 10 en el examen gracias a ti, mi rey sintáctico, ahora me voy con Josemari a quien (relativo-CD) hace tiempo que no veo y le (leísmo aceptado) echo de menos. Nos vemos cuando empiece el curso”.

En ese momento ya me daba igual ese sintagma nominal en aposición refiriéndose a lo que soy para ella, me había dejado por alguien que no sabe qué es un verbo pseudocopulativo. Solo me pasaba por la cabeza describirlo con adjetivos en registro muy, muy vulgar, pero recordé a Rubén Darío y *que el amor no admite cuerdas reflexiones*, y si algún día ella quisiera volver a formar una bonita oración como lo habíamos hecho hasta ahora, estaría dispuesto a ser, como siempre, el determinante de su nombre o la preposición de su complemento de régimen.

Sergio Utrera Preciado
(Institut Can Peixauet)



EN DOS SEGUNDOS¹

*Gracias a La Oreja de Van Gogh por su canción "Jueves"
y la más sincera solidaridad con las víctimas de la violencia.*

Helena no tenía la prisa que todo el mundo parecía tener. Ordenaba sus pensamientos de una forma natural como si de un texto escrito se tratara. Dentro de un rato lo volvería a ver como cada día laborable en los últimos seis meses. Subiría a su mismo vagón, la miraría con aquellos ojos grandes y azules, se bajaría en su misma parada y ambos recorrerían el trayecto final hasta el lugar de despedida, en el que cada mañana Helena deseaba que aquella no fuera la última vez. Allí solo quedaba una mirada de complicidad, una mirada que reflejaba un deseo reprimido por miedo.

Cada mañana se planteaba durante el trayecto dejar a correr sus sentimientos, gritarlos a pleno pulmón, pero aquella ilusión apenas le duraba dos paradas y tras aquella Helena ilusionada y enamorada siempre llegaba la Helena responsable que la mantenía en silencio.

A veces, cuando entraba al vagón del metro, se entretenía imaginando la historia que puede haber detrás del físico y la actitud de algunas personas. Y entonces inventaba sus vidas.

* * *

Observó a una pasajera: era una mujer que hacía días que no veía. Siempre con la cara desencajada, con una mirada apagada llena de incertidumbre. Ahora llevaba su cabeza oculta tras un pañuelo. Sin embargo, hoy deslumbraba felicidad en su mirada, a kilómetros de distancia se podía sentir su fragancia de ilusión y ganas de vivir. No podía imaginar otra cosa, estaba segura de que aquella mujer había superado una terrible enfermedad. Imaginó sus llantos, sus temores y su angustia, la miró con admiración y le sonrió dulcemente. Al pensar en la alegría de su esposo e hijos ante el triunfo que suponía la gran batalla de su vida, Helena también se sintió feliz.

Luego fijó la vista discretamente en el pasajero sentado junto a ella, un joven alto, del África quizás, cuya sonrisa reflejaba una satisfacción inmensa. Mostraba esa cara de afán de vivir que solo los niños con zapatos nuevos consiguen transmitir, aunque en el fondo de su rostro se vislumbraban duras vivencias. Helena tenía por seguro que llegar hasta ahí le había costado más de lo que nadie podía llegar a imaginar. Pero, como para ella nada era inimaginable, ideó cómo había llegado hasta ahí y miles de dolorosas historias vinieron a ella. Hambre, frío, enfermedades, tal vez agresiones... Lo importante en aquel momento era que aquel hombre estaba allí por fin y, muy probablemente, para trabajar duro, pero en paz. Tal vez había conseguido un empleo en la construcción, tal vez en un supermercado, tal vez vendía en la calle... Pero qué más daba cuál fuera su empleo, a ella le

¹ Este relato resultó finalista en la cuarta convocatoria del concurso **De 14 a 20**.

bastaba con pensar en verle al día siguiente con esa expresión de dicha y agradecimiento. Entonces el hombre, le sonrió dulcemente.

Súbitamente una muchacha jovencita se sentó junto a ella, no pudo dudar en que fuera estudiante dado que llevaba entre sus brazos la carpeta de una facultad universitaria de la ciudad. Helena se vio reflejada en ella años atrás, nadie sabe más que ella la felicidad que da estudiar lo que deseas. Empezó a imaginar la vida de aquella joven en relación a su propia vida: la ambición y unas ganas enormes de volar alto, las mismas que años atrás reflejaba ella. Veía la universidad como el último escalón de formación y como el primero de una nueva vida. Repentinamente abrió su carpeta y, tras una curva inesperada, unas hojas con apuntes cayeron al suelo. Estudiaba medicina, sin duda, una carrera vocacional. Qué suerte, pensó Helena, tener por delante los mejores años de tu vida, y quien sabe cuántas vidas podría llegar a salvar aquella joven rubia en unos años. Al entregarle un par de hojas recogidas del suelo, Helena le sonrió dulcemente. La joven le devolvió la sonrisa.

Las puertas se abrieron y él subió, rápidamente la buscó con la mirada, intentando disimular su temor a que no estuviera en el vagón. Pero allí estaba ella, mirándole con esos ojos de enamorada, con esos ojos de ilusión, con esas ganas de gritar sus sentimientos. Sí, Helena se dio cuenta, esta vez no había aparecido la Helena responsable para pararle los pies. Esta vez estaba completamente cargada de decisión, esta vez era diferente y este, sin más espera, era el día. Tal vez los astros se habían alineado para darle fuerzas, o tal vez había comprendido la importancia del tiempo, porque cada segundo que pasa ya no vuelve nunca, es irre recuperable. Helena no estaba dispuesta a seguir dejando pasar tiempo sin hablar con él, había llegado el día. Apenas quedaban dos paradas para llegar al destino que ambos compartían y lo había decidido con firmeza, al bajar del vagón se presentaría de manera natural y le propondría tomar un café.

No quería planear más sino dejarse llevar por el corazón, no más pensamientos y cálculos de probabilidades. Sí o sí, lo haría. Total, no tenía nada que perder y mucho que ganar. Lo volvió a mirar a los ojos y le dedicó una dulce sonrisa que él devolvió inmediatamente.

Un hombre entró cuando casi las puertas iban a cerrarse, por primera vez en el trayecto Helena sintió el odio hacia la vida, su mirada era fría y su gesto tenso. Una nube negra de malos sentimientos planeó sobre Helena, pero no quiso seguir pensando mal sobre él e intentó imaginar algo bueno. Vestía con tonos negros y grises y cargaba una gran mochila a su espalda. Quizás era vendedor y allí llevaba la mercancía, quizás tenía un trabajo muy duro y no era feliz y a lo mejor tenía que alimentar a varios hijos y podía ser que estuviera en paro y trapicheaba para sobrevivir... Intentó justificarle así pero no, algo había detrás de él, su mirada helada reflejaba maldad.

Volvió a mirar a su amor, se levantó y se preparó para...

¡Alá es grande!... Un solo segundo rompió toda la ilusión, todas las ganas de vivir; todos los sueños.

Isabel M^a Milla Olivero
(Institut Can Peixauet)

Imagina que la Tierra ya no es como la imaginas. Que el mundo ha sido dividido en dos y la gente como tú muere a diario. Que los humanos ya no respiramos, la contaminación ha llegado a límites tan extremos que respirar dejó de ser un recurso de vida y pasó a ser una forma de exponerse a la muerte. Tu propio cuerpo produce el alimento que necesitas para sobrevivir y la comida procedente del exterior es un lujo que los habitantes de la parte inferior del planeta no nos podemos permitir. Hemos cambiado físicamente también: los humanos tal y como los conoces son un mito, ahora los humanos trepan rascacielos para llegar a sus puestos de trabajo, son capaces de sobrevivir a condiciones extremas, no tienen pelo corporal y la indumentaria más normal es un mono blanco con tu número inscrito en él. Tampoco tenemos nombre, somos un número más entre todos. Hace tiempo que nos crean en laboratorios, la ciencia descubrió que podíamos ser fecundados de manera externa sin necesidad de un útero, por lo tanto empezó la creación de masas. Posiblemente te estés preguntando por qué escribo esto, mi nombre es 7017, aunque a escondidas me llaman Mike.

Hace más de 3000 años que la Tierra fue dividida en dos zonas por los grandes gobernadores del mundo, decían que era una forma de separar las clases sociales para evitar posibles conflictos diarios. Mi padre dice que es mentira, aunque todos los de aquí abajo pensamos lo mismo. Allí arriba la vida es mucho más lujosa y fácil por lo que muchos comentan; yo nunca he estado allí pero no creo que quieran verme tampoco. El día a día en la parte inferior es una constante lucha entre los propios habitantes y la política siempre ocupa el tema principal de todas ellas. Yo aún soy joven y no entiendo mucho del tema.

Cada día me levanto pronto con mi padre para ir a la fábrica de armas. Aunque no es un trabajo muy agradable, intento llevarlo como puedo. Allí tengo varios amigos: 5467 y 9645, yo les llamo Finnick y Cory. Pasamos casi todo el tiempo juntos en la sección de balas y en los descansos nos juntamos con algunas chicas de la fábrica de telas en la parte trasera de los almacenes. Ellas se llaman 3271 y 4287, pero decidieron ponerse un nombre humano como nosotros para que resultará más fácil para todos: Sally y Gina.

—Mi padre no para de pelear con mi madre por el nuevo gobierno, ¡la nuestra parece una casa de locos! —dijo Gina.

—Mis padres no quieren ni hablar del tema, saben que no van a poder hacer nada... —respondió con indiferencia Cory.

1 Este relato resultó finalista en la cuarta convocatoria del concurso **De 14 a 20**.

Yo no tenía muchas ganas de hablar ese día y creo que ellos lo notaron, pero decidieron no decir nada. La verdad, no quería compartir mi secreto. En la parte inferior no se nos está permitido leer sobre historia antigua, ni nada que tenga que ver sobre nuestros antepasados. Dicen que el mundo unido anterior era un completo caos en el que todo el mundo decidía sobre el gobierno y eso creó grandes guerras entre los antiguos países. Yo sobre lo poco que sabía, no creía ese que fuera un mal método y tampoco creía que fuera un mundo infeliz.

Hace unos días decidí acercarme a la Boc. La Boc es una biblioteca secreta que los habitantes del mundo inferior crearon para poder seguir optando a un mínimo de educación y con la esperanza de poder retomar el estilo de vida del antiguo mundo. Mis amigos siempre han temido ir a la Boc porque dicen que un día será descubierta y probablemente intentarán matarnos a todos, pero yo me mostraba indiferente ante la idea, quiero decir, en un mundo como este lo que menos me asusta es morir.

A la mañana siguiente me levanté pronto para dirigirme a la Boc. Serían las seis de la mañana aproximadamente. Para entrar a la Boc tienes que descender unos ocho metros bajo tierra y, una vez allí, teclear un número secreto. La sala de los libros es una sala bastante pequeña para la cantidad de libros que hay, la mayoría de ellos están cubiertos de una fina capa de polvo. Recorro las tapas de los libros con la punta de mis dedos y encuentro uno que me llama la atención: Geografía de España y Cataluña. ¿Qué querían decir con estos nombres? Observé muchas de las fotos que había y sorprendentemente algunos lugares eran muy similares a los de nuestra ciudad. Leí el título: Barcelona. Sentí cómo mi corazón quería salirse del pecho. En aquella página hablaban de los principales atractivos turísticos de la ciudad, lo cual me pareció interesante, pero dejé de leer. Vi una foto de un lugar muy familiar, demasiado para mi gusto, era una especie de mercado de alimentos, La Boquería. Mi cabeza hizo click en milésimas de segundo y entendí todo. Esta biblioteca era ese mismo lugar, de ahí el origen de su nombre, esta era mi ciudad. No supe qué decir, tampoco sabía qué hacer, pero intenté contener la emoción que se había producido en mi interior. Pero esta desapareció, ¿cómo iban a creerme? No le di mucha importancia e intenté eliminar el reciente descubrimiento de mi cabeza, sabía que nadie me creería y seguramente quedaría como loco.

Pasaron los días y seguí visitando la Boc intentando encontrar algo nuevo. Los días anteriores habían sido bastante duros para mí, tenía esa gran necesidad dentro de mí de contar todo lo que había descubierto, pero sabía que mis padres se volverían locos si supieran que había visitado la Boc. En el fondo sabía que no podía culparlos por aquel miedo, es un sitio bastante peligroso sobre todo si algún día los gobernadores descubren que existe. Mis amigos empezaron a sospechar y los descansos de cada día pasaron a ser interrogatorios por parte de todos.

—Vamos, Mike, sabemos que estás pensando en algo, ¿no estarás enamorado, no? —dijo Sally.

Los demás contestaron con risas pero yo me limité a no responder, mi cabeza estaba en otro lugar y, siendo sincero, no había escuchado lo que Sally había dicho. Mis padres también empezaron a notar que estaba más distraído de lo normal, pero intentaba disimularlo poniendo excusas.

Hace unos días descubrí algo nuevo en los libros de la Boc. En ellos hablaban de algo llamado “democracia”. Yo no había escuchado algo parecido en toda mi vida, así que decidí investigar más sobre ello. Aparentemente, cuando se aplicaba una democracia en un país, todo el mundo tenía derecho a decidir sobre su gobierno y sobre sus derechos, además podían manifestar sus quejas si no estaban de acuerdo con aquello que se les proponía. La rabia recorría mi cuerpo y un profundo sentimiento de odio me acompañó durante muchos días más. ¿Por qué el mundo había cambiado de esta manera? ¿De verdad creían que este sería el método más efectivo? Tenía que hacer algo, debía informar a todo el mundo sobre esto, pero la pregunta fue: ¿cómo?... Revelé mi secreto. Primero se lo conté a mis padres y en consecuencia recibí una paliza de mi padre. No lo culpé porque sabía que podría ser un paso para que me creyeran. Cuando se lo conté a mis amigos se limitaron a llamarme loco y a hacer burlas sobre el tema. Hice varios intentos para que me creyeran, pero no solo ellos, intenté hablar con la gente de la ciudad pero resultó una misión fallida.

Durante varios meses me gané el apodo de loco. Hasta el gran día. La principal norma de la Boc era no sacar los libros que había en su interior. Sabía que mucha gente como yo había intentado hacerlo pero siempre se echaron atrás por el miedo. No los juzgo, yo también lo tenía aquel día. Pero no había otra manera de conseguirlo, así que una mañana, antes de que sonara el timbre de entrada al trabajo de las fábricas, hice copias de todos los libros que pude y saqué todos los libros que pude a la superficie. Los colgué por las fachadas de los edificios, en la puerta de las fábricas, en los parques, etc. Y funcionó. La gente tardó varios días en asimilar todo aquello que habían leído, todo aquello que les demostraba que habían vivido en una mentira, y el espíritu de revolución empezó a surgir. Mentiría si dijera que no sentía miedo, yo era el responsable de esto y si venían a por nosotros, el primero en ser fusilado iba a ser yo. Mis sentimientos eran confusos, quería luchar por nuestra libertad, pero a la vez la cobardía me paraba los pies. Los primeros meses los trabajadores empezaron rebelándose en las fábricas, dos meses después las quemaron. El gobierno empezaba a sentirse amenazado por nosotros, pero aún no encontraban el porqué de esa valentía repentina. La policía registró casas enteras y agredió a muchos de los trabajadores que se manifestaban en las calles. Yo no sabía qué hacer y me escondía en mi cuarto esperando a que alguien me delatara en algún momento y la policía viniera a por mí. Mi valentía iba disminuyendo

conforme el conflicto avanzaba y la gente empezó a señalarme como el principal responsable de aquello. Algunos venían a mi casa a gritarme por haber desencadenado la guerra y por el hecho de que no luchara con ellos por las ideas que yo mismo había descubierto.

Me tomó varios días poder decidir qué hacer y finalmente me decidí. Las muertes aumentaban cada vez más rápido y aunque una parte de mí sentía un miedo profundo, salí a la calle. Empecé a organizar pequeñas milicias que se iban a dirigir a la parte norte en la cual nos enfrentaríamos al otro bando. Yo nunca había cogido un arma y por suerte nunca había tenido la necesidad de hacerlo, pero no podía cerrarme otra vez y dejar que el miedo me invadiera, así que dejé toda esa parte de mí a un lado. Algunos de mis compañeros decían que me había vuelto una persona mucho más fría, pocas veces conseguían sacarme una carcajada y no les quitaba la razón, el peso de la guerra me estaba superando, sentía la culpa de las miles de muertes que se habían producido durante estos meses y llegué a preguntarme si realmente había valido la pena desvelar el secreto.

Durante las últimas semanas de la guerra recibí noticias: Finnick y Cory habían muerto en una de las batallas más allá de la frontera. Por primera vez en meses sentí miedo y ganas de llorar, y lo hice. Yo era el culpable de todo esto y sentía una frustración que no sabía canalizar. Grité. Grité de rabia, de miedo, de odio... Todas las emociones que guardaba en mi interior salieron a través de un grito desesperado. En ese momento me prometí seguir luchando, luchar por ellos, para volver a la ciudad y decirles a Sally y a Gina que seguía vivo y que no me había rendido.

Ya había pasado un año desde el inicio de la guerra y el gobierno había empezado a buscarme desesperadamente. Sabía que este momento llegaría y que debía luchar. Muchos hombres intentaron taparme y gracias a ellos conseguí atravesar la frontera sin ser visto. Mi objetivo era colarme en el edificio principal del gobierno y cortar, en primer lugar, todos los suministros de energía de la parte norte.

Conseguí llegar un 25 de diciembre. En las calles de la parte norte se podía respirar el espíritu navideño pese a los daños de la guerra y permanecían decoradas con brillantes luces que deslumbraban a cualquiera que paseara por allí. Obviamente todo era más lujoso aquí, más limpio sobre todo. Permanecí escondido en los callejones de algunas calles y conseguí disfrazarme para evitar ser reconocido. Carteles con mi cara estaban colgados por toda la ciudad, me buscaban y podía arriesgarme si entraba con mi ropa habitual. Pasaron varios días y procedí a ejecutar mi misión: los guardias del edificio principal se concentraban en la puerta, así que aproveché para entrar por la parte trasera del edificio. Gracias a mi conseguido disfraz de persona adinerada me dejaron entrar sin ningún problema. Hoy era un día especial, 31 de diciembre. En el salón principal del edificio se celebraba la comida de fin de año, así reservaban la cena para los familiares más

cercanos. Me adentré por el salón como si fuera uno más de los invitados e incluso me atreví a conversar con algunos de los presentes para no levantar sospechas. Pero el gran momento duró poco. Uno de los camareros no dejaba de mirarme fijamente y sentí un sudor frío que me recorría toda la espalda. Me había reconocido. Lo último que recuerdo de aquel momento fue correr hacia las escaleras y empezar una carrera contra los guardias que venían a por mí. Mis piernas empezaban a fallar y de repente lo vi todo negro. Estaba perdido. Escuché una voz a lo lejos que me decía:

—¡Feliz año nuevo!

Era mi padre. Entonces sentí lo que era la traición.

Cristina Jiménez Caballero

(Institut Puig Castellar)



Joan Ponç, La mosca, 1948

CAERÁN COMO LOS ÁNGELES¹

Mi madre siempre me decía que sería un triunfador, que allí donde pusiera el ojo, pondría la bala, que sería el hombre más deseado y que las churris se me rifarían. ¿Amor maternal o mentira piadosa? En fin, si me viese ahora...

He utilizado todos los procedimientos imaginables y todavía no he logrado ninguna conquista, a pesar de mis ingentes litros de colonia de las mejores marcas, los relojes más caros del mercado y los coches de más alta gama. Pensaba, ingenuo de mí, que con los productos comprados compulsivamente venía incluida una vida llena de mujeres.

He seguido al pie de la letra todas las pautas publicitarias, aunque todas, llámame loco, parecen iguales. Mejor, pensé, más fácil de ejecutar.

He acompañado mi vida de músicas sugerentes; me he descoyuntado el cuerpo con poses, digamos que atractivas y sensuales; me he resfriado por mostrar mi escaso cuerpo serrano ligero de ropa; me ha dolido la cabeza por mantener miradas intensas y provocadoras. Menos mal que los anuncios suelen durar treinta o cuarenta segundos y yo soy obediente, porque más no hay quien lo aguante.

Pero es que yo quiero ligar, que quede claro, que las mujeres se acerquen a mí y, si es posible, que alguna se quede un tiempo, por lo menos. La cosa parece simple: imitando a los héroes publicitarios el fornicio estaría asegurado.

Así vamos a ver, quién es capaz de relacionar los sensuales aromas con las situaciones erótico festivas, aunque a mí no se me engaña tan fácilmente, que aquí hay una nariz de tamaño superlativo que funciona muy bien. El caso es que el aroma de mi hogar y tu perfume es mi recuerdo... tararé que te vi, que no es verdad, que he compartido piso de estudiantes, que he tenido un compañero que tenía una novia, que venía a pasar con nosotros todo el fin de semana, que se encerraban en su cuarto, que cuando la puerta se abría el lunes por la mañana, se me saltaban las lágrimas. Aquello era llorar..., y no era precisamente por el olor sensual de la colonia de turno, sino la peste a jaula de monos, a jaula de monos muy sudados, pero que muy sudados, me cago en la lavanda y en *one million* de perfumes.

Pero no desespero, aunque en mi caso, cualquier acercamiento de una mujer que no sea para pedirme la hora es un milagro. Solo Dios sabe el dinero que me he llegado a gastar en estos productos, creyendo sus promesas.

“*Olor a chocolate*”, decían, irresistible para las mujeres, o eso creía yo, pero, cómo no,

¹ Relato finalista en la cuarta convocatoria del concurso **De 14 a 20**.

mentira también, lo único que se me acercó fue un fuerte dolor de cabeza, por la desmesurada cantidad que me puse.

“*Hasta los ángeles caerán*”, decía otro, ¿os acordáis de ese?, sí, sí, ese que por alguna razón tan “natural” caen ángeles del cielo, todo el mundo queda boquiabierto, y los seres angelicales (a cual más estupendo) lo que hacen es dirigirse (lascivamente) hacia un hombre que se había puesto mi colonia, sí la que yo uso por litros.

En mi caso, estuvo a punto de suceder el milagro menos por un pequeño error casi sin importancia, de pronto vi que, desde el cielo, se dirigían hacia mí unos seres con alas, en ese momento no pensé en otra cosa que no fuera un grupo de ángeles buscándome desesperadamente. Pues no, era una bandada, pero de palomas hambrientas, que, por supuesto, no se dirigían a mí por el perfume, sino porque justo detrás, sentada en un banco, había una anciana echándoles kilos y kilos de pan. Me atravesaron como locas dejándome el pelo y mi traje ajustadito hecho un asco de cagadas.

Pero, insisto, no desespero. También he esperado durante horas en una preciosa terraza tomándome un café, dos cafés, tres cafés..., por si por alguna casualidad alguna mujer venía a hablar conmigo, como en el anuncio de Clooney, pero no, acabé como una moto por efecto de la cafeína, con los ojos como platos toda la noche. Eso sí, por si acaso una desconocida llamara a mi puerta, estuve toda la noche con el esmoquin puesto.

Poco después, por casualidades de la vida, entrando por una puerta giratoria, se me atascó la corbata con el borde y me quedé atrapado, sufriendo magulladuras y erosiones leves en ambas manos, pero para mi sorpresa una hermosa y joven mujer me socorrió amablemente. Mi nueva y carísima colonia había funcionado: *Invictus*, me dije, tira *pa' lante*, has vencido. Nunca, ninguna mujer había hecho eso por mí. Lástima que cuando me recuperé la bella damisela de mis sueños se despidió extrañamente deprisa. Poco después eché de menos mi billetera... ¡acababa de sacar dinero del cajero!

Julián Martínez Lara
(Institut Can Peixauet)





Joan Ponç, Savis al capvespre, 1947



Joan Ponç, Visiones del Quijote, 1979

LA REINA DE LAS AMAZONAS¹

Atenas, Grecia (146 a. C.)

Hace sol, estoy sudando y me encuentro exhausta. Me echo hacia atrás para evitar el estacazo del palo de mi hermano Evan. Reúno las fuerzas suficientes para contraatacar, me doy la vuelta hacia mi derecha dirigiendo el palo en dirección a su cabeza. Debe ser demasiado predecible, porque me para el golpe. A continuación me da una patada en la rodilla haciéndome caer de espaldas directamente. Se acerca donde estoy tumbada, pero actúo rápido, ruedo a la izquierda justo cuando iba a golpearme la cara. Me levanto de un salto, parando otro de sus golpes. Con la punta de mi palo le impacto en el costado, y con un sutil movimiento lo giro, dándole en el otro lado. Sin vacilar un instante aprovecho su aturdimiento para despojarle de su palo. Pero justo en ese instante oímos la voz de madre:

—Aquila, ¿cómo te atreves? ¿Es que no te acuerdas de lo que te dije sobre lo de pelear con tus hermanos? No es digno de una joven.

Mi nombre es Aquila, en latín significa águila. Soy la mediana de una familia de cuatro hijos, la única mujer entre tres varones. El mayor es Evan, dieciocho años, solo un año mayor que yo. Luego está Cosmo, de trece y Aeneas de doce. Nuestras vidas van a cambiar; Evan va a ser reclutado para convertirse en soldado y participar en batallas y yo como ya soy mayor, según mis padres, es hora de que encuentre marido, aunque seguro que de eso se encargan ellos.

Mi hermano y yo no contestamos, sabemos que en ocasiones así es lo mejor. Simplemente entramos en casa, con Cosmo y Aeneas detrás, dejamos los palos en un rincón y ayudo a mi madre colocando los platos, algo viejos, para la cena. Un instante después nos sentamos para cenar. Padre empieza a hablar de la gran cantidad de peces que ha pescado. Está de buen humor, dice que esta seguro que se venderán con gran rapidez. Una vez hemos acabado, mis hermanos y mis padres se retiran a sus alcobas. Yo, en cambio, me quedo unos minutos más para fregar los platos y limpiar la mesa, si no quiero una bronca de madre por la mañana. Acabo rápido y pienso en ir a dormir ya. Nuestra casa es pequeña, por lo que paso por delante de la habitación de mis padres, pero no puedo evitar escuchar la conversación que mantienen.

—Aquila ya es toda una mujer, deberíamos plantearnos casarla pronto, antes de que sea tarde. —Es la voz de madre.

—Deberíamos haberlo hecho hace tiempo. Hace poco estuve hablando con el panadero del

¹ Relato cuya publicación recomendó el jurado de la cuarta convocatoria del concurso **De 14 a 20**.

pueblo, su hijo sería un buen candidato. —No me puedo creer lo que sale de la boca de padre. Me encuentro aguantando la respiración.

—Ya está decidido, hablaremos con él para llegar a un acuerdo. —No espero a escuchar lo siguiente, doy media vuelta, me tiembla todo el cuerpo, necesito aire, así que decido salir de casa. Cierro la puerta sin hacer ruido, y caigo al suelo. Las lágrimas brotan de mis ojos.

—¿Aquila? —Es Evan, está de pie a mi lado, no lo había visto.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto mientras me seco las lágrimas.

—Pensar, supongo que como tú, ¿o me equivoco? —Se sienta a mi lado.

—Acabo de escuchar a padre y a madre —apenas puedo decirlo en voz alta—; quieren... quieren casarme. ¿Y tú?

—Mañana vendrán a por mí, me han reclutado. Y no quiero ir, no quiero morir. —Noto cómo se le hace un nudo en la garganta. Le paso el brazo por el hombro.

—Preferiría estar en tu piel, ni siquiera sé quién es ese hombre. Ambos vamos a encontrarnos con la muerte. —Nos quedamos contemplando las estrellas de la noche—. Pero, pase lo que pase, siempre podremos contar el uno con el otro.

—Siempre. Todo se solucionará, ya lo verás —responde—. Me voy a dormir, no tardes mucho en volver.

Hago lo que es el intento de una sonrisa, pero no me sale. Veo cómo se aleja, y se me ocurre una idea. Espero a que todos estén dormidos, entro en casa en silencio y me guardo algo de dinero. Lo suficiente para unas semanas. Cojo algo de ropa. Lo meto todo en un hatillo y vuelvo a salir. No sería capaz de vivir en ese futuro que mis padres me han organizado. Decididamente me fugo de casa. Ya me encuentro fuera. Todo el pueblo debe de estar ya dormido. Pienso dónde puedo ir, pero un ruido me saca de mis pensamientos. Me giro mirando a mi pueblo, y puedo ver una gran bola de luz a lo lejos. De inmediato me viene olor a humo. Lo relaciono con la luz y sé que es fuego. Pero ¿cómo? De repente llueven flechas, y la gente sale corriendo de sus casas mientras gritan. Nos están invadiendo. Todo se llena de hombres a caballo matando a todo el que se le ponga por delante. A los que no matan, los capturan, seguro que para esclavizarlos. ¡Mi familia! No distingo mi casa de las demás. Tengo que salvarlos, pero uno de los hombres me ha tenido que ver, porque viene hacia mí. Empiezo a correr en dirección al agua, soy rápida, puedo alejarme. Me da tiempo de desatar una barca y llevarla lejos de la orilla. Estoy lo suficientemente lejos para que el y su caballo me alcancen, pero el hombre hace un movimiento, y sin darme cuenta, una flecha rápida como un rayo se clava bajo mi hombro derecho. Del impacto caigo de espaldas y mi cabeza choca contra el borde de la barca. Todo pasa muy rápido. Me vienen imágenes de mi familia; padre, madre, Aeneas, Cosmo, Evan... y al segundo pierdo el conocimiento.

Cuando abro los ojos, la luz del sol me impacta en la cara. Tardo unos segundos en asimilar todo lo sucedido, pero no sé dónde estoy. Hago un intento de moverme, pero entonces noto una punzada de dolor bajo mi hombro derecho. Me llevo la mano a la zona dolorida, alguien me la ha vendado. Miro a mi alrededor y me encuentro tumbada en una cama de suaves plumas. Es una cabaña de piedra con una gran claraboya por donde entra la luz, la puerta simplemente es una gran cortina de piel que impide la visión del exterior. Me levanto sintiendo un gran mareo y me percató de que llevo una venda en la cabeza, debió ser del golpe que me di contra la barca. Ahora mismo toda mi familia está... muerta. Para no pensar más, me dirijo a la puerta decidida a investigar, retiro la cortina y el sol me ciega. Poco a poco me acostumbro a tanta luz. El suelo está invadido de hierba verde, veo otras cabañas, muchas cabañas. Hay un establo enorme lleno de caballos, todos purasangres. Voy avanzando. Entonces me doy cuenta de que no estoy sola, me acompañan otras personas, todas mujeres. Algunas están peleando con espadas, entre los árboles se ven mujeres a caballo practicando el tiro con arco. Otras están trabajando con el hierro, en una cabaña más grande, sin puerta, también de piedra. Había oído simples historias sobre una civilización de mujeres, pero creía que eran eso, simples historias. Pues no, estoy ante una tribu de amazonas. Una voz me extrae de mis pensamientos.

—Sígueme —dice una de las amazonas. No la había visto acercarse.

—Perdona, pero...

—Calla y sígueme. —Obedezco y durante todo el camino no digo nada más. La mujer es alta, ancha de hombros, lleva una brillante armadura, un arco en la mano y el carcaj colgado en la espalda. Puede tener mi edad, puede que unos años más. Nos detenemos delante de una de las cabañas algo retirada, es un poco más grande que las demás. Antes de entrar se da la vuelta y me mira.

—Limitate a responder a las preguntas y no te vayas por la nubes. —Me echa una última mirada—. Por los dioses del Olimpo. —Y entra sin que me dé tiempo a responder ya que no entiendo lo que sucede. Algo mareada, entro en la cabaña, sin saber con lo que me voy a encontrar. Lo primero que veo es un trono al fondo de la habitación, las patas tienen forma de espadas, y los reposabrazos de flechas. Entonces reparo en la mujer que está sentada en ese trono. De inmediato otras dos mujeres me agarran y me obligan a arrodillarme.

—Mi nombre es Martesia, reina de las Amazonas. Veo que estás mejor de tu herida. ¿Cómo te llamas y qué motivo ha hecho que tu barca acabara en mi isla? —Noto cómo hace un gesto a las dos mujeres para que me vuelvan a poner en pie. Cuando me levanto, me sacudo mi ropa algo

molesta por el trato recibido.

—Me llamo Aquila, soy de un pueblo costero de Grecia, invadieron mi pueblo, no sé quiénes, pero lo destruyeron todo incluyendo a mi familia. Caí inconsciente en una barca mientras huía y he acabado aquí. ¿Exactamente dónde estoy? —Intento ocultar el temor al hablar.

—Te encuentras en la isla Lemmos, Aquila. Una isla habitada por mujeres, nos dedicamos a la guerra, a la caza y a fabricar armas. Somos una tribu de amazonas. —Su voz es firme y cortante, produce respeto.

—Había oído historias pero no creí que pudieran ser ciertas.

—Pues ya ves, joven Aquila, todas esas historias son ciertas, ahora ve a tu cabaña y que te den algo de comer y de beber.

—Majestad —interviene una de las otras mujeres, la que me ha acompañado ante su reina para ser exactos—. ¿Qué es lo que tiene pensado para Aquila?

—Cleta, haz el favor de acompañarla a su cabaña y ofrecerle la comida. ¿Quieres? —Estaba claro que Martesia no quería preguntas, por eso Cleta le hace una reverencia y sale de la cabaña a regañadientes. Volvemos a mi cabaña y después de que Cleta me ofreciera la comida de mala gana y me regalara una mirada de odio, empiezo a engullir todo como nunca. Mientras mastico empiezo a pensar en la gravedad de la situación; no tengo donde ir, ni nadie que me espere, no sé cómo volver ni qué hacer. Tengo que hablar con Martesia. Trago el último trozo y me dirijo hacia la cabaña donde he estado antes. Entro sin permiso. .

—¿Se puede saber qué haces entrando en mi cabaña sin permiso? —pregunta sorprendida aún sentada en su trono.

—Reina Martesia, tenemos que hablar, no tengo ningún sitio a donde ir, mi familia está muerta, así que me preguntaba si podría quedarme aquí, no molestaré, de verdad. —Si no acepta, no sé qué será de mi.

—Lo cierto es que ya tengo pensado lo que haré contigo, dejaré que te quedes pero por ello tendrás que luchar para mí. Pareces fuerte. —Esperaba cualquier cosa menos eso—. Según unas fuentes cercanas, los romanos fueron los que invadieron tu pueblo, como muchos otros más, he decidido enfrentarme a ellos, así ganaremos riquezas y fama, y tú podrás vengarte y acabar con ellos.

—¡O que me maten! No sé nada del arte de la guerra.—exclamo.

—Por eso no te preocupes, mis amazonas te enseñarán y si hace falta yo personalmente. ¿Aceptas? —pregunta.

Si no acepto se desharán de mi, no tengo otro remedio.

—Acepto. —Espero que no note lo asustada que estoy.

Desenvaina su espada, me la ofrece en posición vertical. La cojo tal como me la da.

—¿Juras lealtad a la reina de las amazonas?

—Lo juro.

—¿Juras luchar por tu reina y tus hermanas?

—Lo juro.

—¿Juras dar tu vida para proteger a las Amazonas?

—Lo juro.

—Bienvenida, amazona Aquila. —Antes de salir, me arrodillo ante Martesia.

Me dirijo a mi cabaña asimilando lo ocurrido, pero cuando salgo todas las amazonas han dejado de hacer sus tareas y sus miradas se posan en mí. Todo se ha quedado inmóvil. Con esa mirada de sorpresa es como si supieran lo que acaba de suceder. Continúo mi camino sin mirar atrás, pero noto sus ojos posados en mí.

Al día siguiente, cuando despierto, viene una mujer a limpiarme las heridas y cambiarme las vendas. En ningún momento habla, así que la imito y yo tampoco hablo. Cuando termina y se va, vuelve con unas sandalias de cuero que se atan hasta las rodillas, una falda militar de tablillas de cuero, una coraza de bronce, un casco negro con cresta y, finalmente, una espada. Le pregunto qué quiere que haga con eso y responde que son órdenes de la reina. No digo nada más, y se marcha. Me visto, me guardo la espada y por último me coloco el casco. Decido salir de la cabaña. El sol está en lo alto, dando luz y calor. Tengo la frente perlada de sudor. Mientras camino veo mucho movimiento por parte de las amazonas. Algunas trabajan con el hierro, supongo que fabricando armas, otras vuelven de cazar montadas a caballo. Pero hay algo que me llama especialmente la atención. Es Cleta, está luchando con la espada. Mientras me acerco puedo ver que va ganando a su contrincante. Ella parece que también se ha fijado en mí. De repente detiene la pelea.

—Tú, desenvaina —me espeta señalándome con la punta de la espada.

Su orden me pilló de improviso, pero entonces pienso que no tiene que ser tan diferente de cuando combatía con mi hermano. Hago caso y desenvaino, pero Cleta no espera ni un segundo más y ataca. Por suerte reacciono rápido y le lanzo un contraataque. Entonces se le borra la sonrisa de la cara y empieza a lanzar un ataque tras otro. Pero inesperadamente recibo una patada en el estómago. En un segundo me encuentro en el suelo, haciendo un esfuerzo para no vomitar. Noto cómo me sube la bilis.

—No está mal, pero no dejas de ser una novata —me dice sin muestra de cansancio alguno en el rostro.

Desaparecen las náuseas y cuando al fin puedo respirar observo cómo se distrae riéndose de mí con las amazonas que están mirándonos. Aprovecho y le hago un corte en la rodilla. Me levanto

y utilizo su desequilibrio y dolor para abalanzarme encima de ella y así impedirle cualquier tipo de movilidad. La amenazo colocando la espada cerca del cuello. Y antes de que pueda suceder cualquier cosa algo me detienen.

—Las dos, levantaos. —Es la voz de Martesia, fría y cortante.

Tardo un rato, pero finalmente obedezco.

—Vosotras —les dice a dos amazonas que se encuentran a su lado—. Llevad a Cleta a que le curen esa herida.

—Tú, joven Aquila —dice ahora señalándome a mí—, ven conmigo, y las demás seguid con lo vuestro. —Se da media vuelta y se va por donde ha venido.

Miro a Cleta, que se levanta con ayuda, pero antes de irse me fulmina con la mirada. No debe de llevar nada bien que alguien le dé una paliza con la espada. Me olvido de ella y sigo a Martesia hasta su cabaña.

—¿Dónde has aprendido a manejar la espada así? —La verdad es que pensaba que me iba a regañar, no a interesarse por mis conocimientos de lucha.

—Mi hermano y yo solíamos retarnos en combate, pero solo como un juego, luego lo reclutaron. —Y ahora está muerto, recuerdo. Aprieto los puños para olvidar.— ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Adelante —responde.

—¿Cleta tiene algo contra mí? —pregunto así sin más.

—Nadie la había ganado nunca en una pelea, tenías la oportunidad de matarla, eso habrá sido para ella una humillación. —Se levanta del trono.— Acompáñame.

Me impresiona la poca importancia que le ha dado al tema, juraría que Cleta tenía ganas de matarme durante la pelea. Salimos de la cabaña y me guía hasta el establo, donde descansan los caballos. Se coloca delante de uno en especial, es macho y todo un purasangre de color negro oscuro.

—Joven Aquila, este será ahora tu caballo, con él cabalgarás hacia la victoria. Será tu fiel compañero. Se llama Oscuro.

No me salen las palabras, simplemente me quedo embobada contemplándolo y acariciándolo. Pero nunca he montado en un caballo, y menos aun he peleado montada en él. Seguramente será bastante difícil.

—Tendrás que aprender a montar —dice como si me leyera el pensamiento— y a manejar la espada y el arco encima de él.

—¿Por qué os dedicáis a la guerra? —Esta pregunta me lleva dando vueltas desde que llegué. Sé que no viene a cuento, pero siento curiosidad.

Martesía traga saliva y responde sin mirarme hasta que acaba:

—Nosotras éramos mujeres normales, cuidábamos de nuestros hijos y queríamos a nuestros maridos, hasta que todos los varones, desde los más jóvenes hasta los mayores, tuvieron que partir a la guerra. Nunca volvieron, entendimos que murieron o que acabaron esclavizados. — Cierra los ojos y coge aire para continuar.— Así que en medio de la desesperación, decidimos valernos por nosotras mismas y estar preparadas para posibles guerras. Nos entrenamos como lo hacían nuestros maridos y entrenamos a nuestras hijas. Decidieron que yo fuera la reina. Llegamos a un acuerdo de vivir sin hombres para evitar otra vez lo sucedido, simplemente los buscamos en lugares cercanos para la descendencia. Nosotras cultivamos nuestra comida, nos cuidamos mutuamente y forjamos nuestras propias armas. Participamos en el arte de la guerra para tener poder, para atemorizar al enemigo y hacer lo que hacían nuestros maridos e hijos antes de morir. Para una amazona morir en combate es todo un honor.

No digo nada, sé que Martesía no espera respuesta. Pero yo me pregunto si seré capaz de ir a una auténtica batalla, con soldados profesionales. Siempre he peleado con mi hermano, pero no es lo mismo. Estas mujeres son mujeres fuertes, yo solo tengo algo de talento. Y por mucho que me entrenen y me enseñen las amazonas, no sé si será un viaje de ida y vuelta o solo de ida.

Pasan varios meses desde que Martesía me enseñó a Oscuro. No tardé mucho en dominar a ese purasangre, aunque manejar una espada encima de un caballo es más complicado de lo que parece. También seguí recibiendo mis lecciones de combate, aunque no vi a Cleta durante los entrenamientos. Ahora, después de unas horas de tiro con arco, me dirijo con Talestris, Hipólita y Antíope, otras mujeres amazonas, a entrenar con la espada. Las tres contra mí. Las nubes invaden el cielo ocultando el sol, se acerca la lluvia.

Empieza Hipólita lanzando un corte en horizontal hacia mi cuello, pero rápidamente me agacho notando la fría espada a unos milímetros de mi cabeza. Me levanto y avanzo con un giro de trescientos sesenta grados hacia Antíope, esta me para el golpe, y cuando veo a Talestris y a Hipólita venir hacia mí, desenvaino mi otra espada para evitar su objetivo. Esquivo sus golpes y consigo arrebatarse la espada a Antíope, pero me doy cuenta de que las demás han dejado las armas y se han inclinado haciendo una reverencia. Me giro y Martesía se encuentra detrás de mí, pero antes de que pueda inclinarme hace un gesto con la mano deteniéndome.

—Ponte en guardia. —Me quedo algo aturdida, en todo este tiempo jamás he peleado con la reina.

Al ver que lleva su espada con la que hice el juramento de las amazonas le hago caso y desenvaino, sé que no habla en broma porque quiere ver si estoy preparada. En ese instante empieza a llover con fuerza, pero Martesía parece no haberse percatado porque avanza hacia mí

con todas sus fuerzas, pero en menos de dos segundos y sin saber como logra arrebatarme mi espada. Se retira y me deja unos segundos para que me de tiempo a recogerla y cuando lo hago su espada ya viene directa a mi cabeza. Paro el impacto dejando espada contra espada hasta que ella usa todas sus fuerzas lanzándome contra el suelo. Estoy empapada y ahora envuelta en tierra húmeda. Veo borroso por la caída pero puedo oír perfectamente lo que dice.

—No esta preparada, aún no. —Ni siquiera lo declara mirándome a la cara, puedo notar decepción en su voz mientras se da media vuelta.

Siento cómo la cólera se apodera de mi, y de un salto me pongo en pie, corro y me abalanzo contra Martesia dispuesta a ganarle y a demostrarle que valgo, porque no he entrenado noche y día para nada, no he aguantado los golpes de las demás amazonas para que aquí se acabe todo. Ahora tengo a la reina a mi merced, con el borde de mi espada rozándole el cuello.

—Yo gano —declaro.

Martesia sonrío, ahora noto orgullo en su mirada. Me aparto de su lado y ella se levanta, varias amazonas se reúnen a su alrededor preguntándole si está bien. Ella no contesta y vuelve a su cabaña. Dejo la espada con el resto de las armas y voy en busca del arco, toca cazar, para ello me monto en Oscuro.

Mientras cabalgo noto cómo todas las amazonas hablan de mí.

Una vez que estoy dentro del bosque buscando algún animal al que capturar oigo un ruido detrás de mi, no le doy importancia ya que puede ser cualquier cosa, pero la segunda vez que lo oigo, me giro y veo una sombra moverse, una sombra humana. Saco una flecha y tenso el arco mientras miro a mí alrededor para estar preparada. Pero, de pronto, alguien me derriba y caigo del caballo. Estoy sujetando las manos de mi agresor, que tiene una daga apuntándome en la cara. La suya se encuentra tapada completamente, ocultando sus ojos tras una sombra. Lo tengo encima de mi hasta que le doy un rodillazo en el abdomen haciendo que se levante y que se le caiga la daga. Debo de hacerle perder el equilibrio porque cae de espaldas golpeándose la cabeza cerca de mi corcel. Oigo como Oscuro relincha y empieza a ponerse nervioso. Ha debido de asustarse al ver el altercado. De pronto se encuentra agitándose encima de mi agresor. Me levanto rápidamente e intento tranquilizarlo. Una vez que lo he conseguido me acerco a mi atacante. Los golpes de Oscuro han tenido que matarle. Me agacho y retiro el velo que le tapa la cara manchada de sangre. Me da un vuelco el corazón, haciendo que retroceda hacia atrás. Es Cleta. Ella vino a atacarme y ahora está muerta. Nunca pensé que su envidia podría llegar tan lejos como para intentar matarme. Una vez recuperada decido cargarla en mi caballo y llevarla con el resto de amazonas. Ha dejado de llover y la luna ilumina la noche. Cuando llego montada a caballo todas las miradas se posan en mí y después en el cadáver de atrás. Seguramente se preguntarán quién es. Desmonto y cuando me giro

la multitud me rodea.

—¿Se puede saber qué sucede? —pregunta Martesia mientras se abre paso. Tumbo en el suelo a Cleta, o lo que queda de ella, y los ojos de Martesia pasan de mí al cadáver. Se queda inmóvil, no dice nada y sus ojos no reflejan ningún tipo de emoción, parecen vacíos. Sin que nadie se lo espere da media vuelta y se marcha. ¿Le habrá afectado? Si es así, no lo manifiesta.

Esta noche hemos enterrado a Cleta. Estoy intentado dormir, pero no lo consigo. Mañana partiremos hacia el centro de Atenas para atacar a los romanos. Según dicen, estoy preparada, pero jamás he estado en una guerra y menos aun he matado a nadie. Cleta ha muerto, mi familia murió y yo no tengo la culpa. Pero me siento como si realmente la tuviera. Entre lágrimas y lágrimas me quedo al fin dormida.

Hoy nos dirigimos hacia la capital de Grecia. Voy en el barco principal, los demás nos siguen detrás. Cuando lleguemos se nos unirán otras tribus de amazonas que nos apoyarán en la batalla. Debemos impedir que los romanos tomen Grecia. Intento no pensar en nada durante el viaje, estaremos un día en la mar. Así que dejo la mente en blanco mientras el viento me golpea la cara y aspiro el olor a agua salada. Tantos años encerrada en mi antigua casa que ahora siento una extraña sensación de libertad. Una amazona se me acerca, es Helena. Tiene la frente perlada de sudor debido al caluroso sol.

—¿Has visto a Martesia? —le pregunto curiosa.

—No, se encerró en su camarote y nadie la ha vuelto a ver —responde mientras se seca el sudor.

—Parece que le ha afectado la muerte de Cleta.

—Cómo no le iba afectar, es... era su hija. —Si no lo oigo no lo creo.

—¿Su hija? Martesia nunca lo mencionó —susurro. Estoy algo confundida.

—Por ser la hija de la reina, Cleta siempre fue una de las mejores guerreras, por eso se asustó al ver tus habilidades. Te vería como una amenaza para ella.

No contesto, lo que he oído es suficiente. Después de un día navegando y otro día cabalgando hasta llegar a la zona de la batalla donde asaltaremos al ejército por fin veo a Martesia, pero cuando me acerco a ella, me evita. Decido no insistir más y centrarme en lo que vendrá a continuación. Algo me dice que me eche hacia atrás pero entonces me acuerdo de mi familia toda muerta por esos inhumanos. Tengo que ser valiente. Hasta ahora me había preguntado por qué había acabado en esa isla, pues bien, ahora ya lo sé, para poder ser fuerte y vengar todas las muertes que han provocado a su paso.

Intento no pensar en el asunto de Cleta y concentrarme al máximo. Nos colocamos en posición y Martesia va cabalgando delante de la primera fila, hablando para todas.

—Hoy puede que nos adentremos en esa batalla y no volvamos. Pero habéis entrenado, habéis sudado y sangrado y yo sé que estáis preparadas. —Ahora noto cómo su mirada se posa en mí. —Así que si dais lo mejor de vosotras, entonces estaré orgullosa. —Gira la cabeza y se coloca en fila.

Levanta la espada. Es la señal, es la hora de luchar. Los segundos aumentan y con ellos el galopar de nuestros caballos. Ahora puedo ver al enemigo, lo tengo en frente, a pocos metros. Ambos bandos vamos a caballo teniendo la misma ventaja. Cuando me encuentro frente a frente con mi primer adversario aumento la velocidad y le provocho un corte en la pierna antes de pasarlo de largo. El corte no será mortal, pero, probablemente, le tendrán que amputar la pierna desde el muslo hasta abajo. Hay miles de soldados a nuestro alrededor, luchando contra nosotras. La batalla es dura y constante, el caos reina en este lugar. Tanto romanos como amazonas empiezan a caer de sus caballos. Miro a mí alrededor y solo puedo ver cuerpos muertos, ya sin vida, en el suelo. Todo es muerte y más muerte. Recibo un golpe que me extrae de mis pensamientos y al instante mi cuerpo toca tierra. Del impacto me quedo sin aliento. Todo lo que he aprendido todo este tiempo junto a las amazonas lo pongo en práctica ahora. Me levanto atacando directamente a uno de mis enemigos, pero lo para con su escudo y con su fuerza hace que retroceda hacia atrás. En un intento de distracción, con la derecha le envío la espada al costado, y ahora aprovecho que está indefenso del lado izquierdo protegiéndose de mi ataque, le golpeo con mi escudo en su cabeza desprotegida. Ha sido un golpe fuerte y ha surgido efecto, se encuentra aturdida. Decidida, le doy otro golpe y, finalmente, una estocada en el pecho.

No hay ni un segundo de descanso, cuando acabo con uno, al girarme me encuentro frente a otro. Levanto la espada para defenderme de mi nuevo contrincante. Vuelve a atacar, pero esta vez me agacho y aprovecho mi posición para herirle en las rodillas haciéndole caer de inmediato. Seguramente morirá desangrado. Otro soldado se dirige hacia mí. Es fuerte, pero lento. Eso provoca que le alcance en cuestión de segundos y que mi espada le abra una herida en el cuello. Continúo avanzando hasta que alguien me da con la empuñadura de su arma en la nariz. Noto cómo cae la sangre, pero eso no impide que arremeta contra él. Obviamente se defiende, así que dejo caer mi escudo y desenvaino otra espada que llevaba en el cinto. Se desploma tras el corte en el costado.

Ahora observo lo que me rodea para estar atenta a amenazas. Pienso que tenemos posibilidades de ganar, pero entonces mis ojos se encuentran con algo que apenas puedo describir. Me acerco poco a poco a Martesia, parece que está tumbada en el suelo. Me temo lo peor al ver la sangre que le rodea. Una vez que estoy arrodillada a su lado puedo comprobar que respira, aunque se nota que le cuesta. La sangre le resbala del pecho hacia la tierra. Hace el intento de hablar cuando me ve, pero no se lo permito. Poco a poco se oye menos ajeteo en el campo de batalla.

—Shh, no digas nada, te pondrás... bien. —Intento convencerme a mi misma.

—Necesito a alguien que... que me reemplace. —No la entiendo, no sé qué responder.

—Quiero que seas tú —continúa.

Me duele todo el cuerpo, demasiado para asimilar las palabras de Martesia. Sigo sin saber qué responder, pero Martesia no necesita respuesta porque me ofrece su espada, la espada de la reina amazona. Me aferro con todas mis fuerzas a la empuñadura del arma. Al instante Martesia deja caer el brazo, a la vez que cierra los ojos. Me percato de que tengo las mejillas húmedas de las lágrimas, pero ahora soy la reina, la reina de las amazonas, y tengo que actuar como tal, así que me levanto sin quitar la mirada del cadáver. Me giro, encontrándome con el resto de las amazonas. Están arrodilladas, mirándome. Decido alzar la espada de la reina de las amazonas apuntando al cielo.

Todo ha acabado, todo acaba de empezar. Hace sol, estoy sudando y me encuentro exhausta.

Anna López González

(Institut Numància)



Joan Ponç, Suite Fons de l'èsser, 1975-1979

CONSEJOS A UN JOVEN ESCRITOR¹

En los números anteriores de esta publicación habíamos recogido pautas y reflexiones sobre el arte de escribir según diferentes escritores (Chéjov, Flannery O'Connor, Alejo Carpentier, Raymond Carver, etc.)²; ahora, en cambio, nos limitamos a dar los Consejos a un joven escritor de Danilo Kis (1935-1989), un escritor serbio que debería ser más conocido entre nosotros. Somos conscientes de que algunos de estos consejos, para alcanzar mayor eficacia en la sensibilidad de los jóvenes, deberían ser explicados y comentados en clase, pues algunos de ellos contienen referencias históricas y coyunturales que actualmente no aparecen en los medios de comunicación, pero confiamos en que cualquier alumno interesado pueda tener a mano al profesor o las fuentes necesarias para su correcta comprensión. Observemos, además, que muchos de estos conceptos, si no todos, pueden ser discutidos y nunca deberían tomarse con rigidez como si se tratara de mandamientos de obligada práctica.

- Cultiva la duda con respecto a las ideologías reinantes y a los príncipes³. Mantente alejado de los príncipes.
- Cuida de no manchar tu lenguaje con el habla de las ideologías.
- Persuádate de que eres más fuerte que los generales, pero no te midas con ellos. No creas en proyectos utópicos, salvo en aquellos que concibas tú mismo.
- Muéstrate tan orgulloso ante los príncipes como ante el populacho.
- Ten tranquila la conciencia en cuanto a los privilegios que te confiere tu oficio de escritor.
- No confundas la maldición de tu elección con la opresión de clase.
- No estés obsesionado por la urgencia histórica y no creas en la metáfora de los trenes de la historia.
- No te precipites, pues, en los *trenes de la historia*; se trata sólo de una estúpida metáfora.
- Guarda siempre en tu mente esta máxima: "Quien alcanza el fin frustra todo el resto".
- No escribas reportajes sobre países donde has estado de turista: no escribas reportajes sobre nada, no eres periodista.
- No te fíes de las estadísticas, de las cifras, de las declaraciones públicas: la realidad es aquello que no se ve a simple vista.

1 Publicados en *El País*, 10 de marzo de 1985.

2 Los textos de los autores citados y otros pueden leerse en <https://elpuig.xeill.net/Members/institut/curs-2016-2017/de-14-a-20-la-revista>

3 Por príncipes debe entenderse aquí poderosos, militares, líderes políticos, gobernantes, etc.

- No visites las fábricas, los *koljozi*, las grandes obras públicas: el progreso es lo que no se ve a simple vista.
- No te ocupes de economía, de sociología ni de psicoanálisis.
- No te embriagues de filosofía oriental, de zen-budismo, etcétera; tienes algo mejor que hacer.
- Sé consciente del hecho de que la imaginación es hermana de la mentira, y por ello mismo es peligrosa.
- No te asocies con nadie: el escritor está solo.
- No creas a los que dicen que este mundo es el peor de todos.
- No creas a los profetas, porque tú eres profeta.
- No seas profeta, porque la duda es tu arma.
- Ten la conciencia tranquila: los príncipes no tienen nada que ver contigo, porque tú eres un príncipe.
- Ten la conciencia tranquila: los mineros no tienen nada que ver contigo, porque tú eres un minero.
- Sé consciente de que lo que no has dicho en los periódicos no está perdido para siempre: es como la turba.
- No escribas por encargo.
- No apuestes por el momento, porque lo lamentarías.
- Tampoco apuestes por la eternidad, porque lo lamentarías.
- No estés contento con tu destino, porque sólo los imbéciles lo están.
- No estés descontento de tu destino, porque tú eres un elegido.
- No busques justificaciones morales a los que te han traicionado.
- Guárdate de la *temible perseverancia*.
- Cree a los que pagan cara su inconsecuencia.
- No creas a los que hacen pagar cara su inconsecuencia.
- No prediques el relativismo de todos los valores: existe la jerarquía de los valores.
- Recibe con indiferencia las recompensas que te otorgan los príncipes, pero no hagas nada por merecerlas.
- Convéncete de que la lengua en la que escribes es la mejor de todas, porque no tienes otra.
- Convéncete de que la lengua en la que escribes es la peor de todas, aunque no la cambiarías por ninguna otra.
- "Porque eres tibio, y no frío ni ardiente, voy a vomitarte de mi boca" (Apocalipsis 3, 16).

- No seas servil, porque los príncipes te tomarían por un criado.
- No seas presuntuoso, porque te parecerías a los criados de los príncipes.
- No te dejes persuadir de que tu literatura es *socialmente inútil*.
- No pienses que tu literatura es *útil para la sociedad*.
- No pienses que eres un miembro útil de la sociedad.
- No te dejes persuadir por ello de que eres un parásito de la sociedad.
- Convéncete de que tu soneto vale más que los discursos de los hombres políticos y de los príncipes.
- Sé consciente de que tu soneto carece de sentido frente a la retórica de los hombres políticos y de los príncipes.
- Ten en todo tu propio parecer.
- No des tu opinión en todo.
- Es a ti a quien menos le cuestan las palabras.
- Tus palabras no tienen precio.
- No hables en nombre de tu nación, porque ¿quién eres tú para pretender representar a cualquiera si no es a ti mismo?
- No estés en la oposición, porque no estás enfrente, sino debajo.
- No estés del lado del poder y de los príncipes, porque estás por encima de ellos.
- Lucha contra las injusticias sociales sin hacer de ello un programa.
- Cuídate de que la lucha contra las injusticias sociales no te desvíe de tu camino.
- Conoce lo que piensan los otros; luego, olvídalos.
- No concibas un programa político, no concibas ningún programa: concibe a partir del magma y del caos del mundo.
- Guárdate de los que te proponen soluciones finales.
- No seas el escritor de las minorías.
- Si una comunidad te hace suyo, ponte a ti mismo en cuestión.
- No escribas para *el lector medio*: todos los lectores son medios.
- No escribas para la élite; la élite no existe: tú eres la élite.
- No pienses en la muerte, pero no olvides que eres mortal.
- No creas en la inmortalidad del escritor; eso son tonterías de profesores.
- No seas trágicamente serio, porque resulta cómico.
- No seas actor, porque los ricos están acostumbrados a que se les divierta.
- No seas bufón de corte.

- No pienses que los escritores son *la conciencia de la humanidad*, tú has visto demasiados crápulas.
- No te dejes persuadir de que no eres nada ni nadie: tú has visto que los ricos tienen miedo de los poetas.
- No vayas a la muerte por ninguna idea ni convencas a nadie de que muera.
- No seas cobarde, y desprecia a los cobardes.
- No olvides que el heroísmo se paga caro.
- No escribas para las fiestas y los jubileos.
- No escribas panegíricos, porque lo lamentarías.
- No escribas oraciones fúnebres a los héroes de la nación, porque lo lamentarías.
- Si no puedes decir la verdad, cállate.
- Guárdate de las medias verdades.
- Cuando se celebra una fiesta, no hay razón alguna para que tomes parte en ella.
- No prestes servicios a los príncipes ni a los ricos.
- No pidas servicios ni a los príncipes ni a los ricos.
- No seas tolerante por cortesía.
- No defiendas la verdad a cualquier precio: "No se discute con un imbécil".
- No te dejes persuadir de que todos tenemos igualmente razón ni de que los gustos no se discuten.
- "Ser dos a estar equivocados no quiere decir que se sean dos a tener razón" (Popper).
- "Admitir que el otro pueda tener razón no nos protege contra un peligro diferente: el de creer que todo el mundo posiblemente tiene razón" (Ídem).
- No discutas con ignorantes sobre cosas de las que, gracias a ti, oyen hablar por primera vez.
- No tengas ninguna misión.
- Guárdate de los que tienen una misión.
- No creas en el *pensamiento científico*.
- No creas en la intuición.
- Guárdate del cinismo, entre otros del tuyo.
- Evita los lugares comunes y las citas ideológicas.
- Ten el valor de decir que el poema de Aragon¹ a la gloria de la G. P. U.² es una infamia.
- No le busques circunstancias atenuantes.

1 Louis Aragon (1897-1982), poeta y novelista francés de orientación comunista.

2 Policía política de la antigua URSS (Unión Soviética).

- No te dejes convencer de que en la polémica Sartre-Camus³ los dos tenían razón.
- No creas en la escritura automática ni en el *difuminado querido*: tú aspiras a la claridad.
- Rechaza las escuelas literarias que te son impuestas.
- A la sola mención del *realismo socialista* renuncia a toda discusión.
- Sobre el tema de la *literatura comprometida* permanece mudo como un muerto: deja eso a los profesores.
- Al que compare los campos de concentración con la prisión de la Santé¹, mándalo a paseo.
- Al que afirme que la Kolyma² es diferente de Auschwitz³, mándalo al diablo.
- Al que afirme que en Auschwitz sólo se exterminó a piojos y no a hombres, échalo fuera. .
- Al que afirme que todo esto representaba una *necesidad histórica*, aplícale el mismo tratamiento.
- "Segui il carro e lascia dir le genti" (Dante).

Danilo Kis (1935-1989)

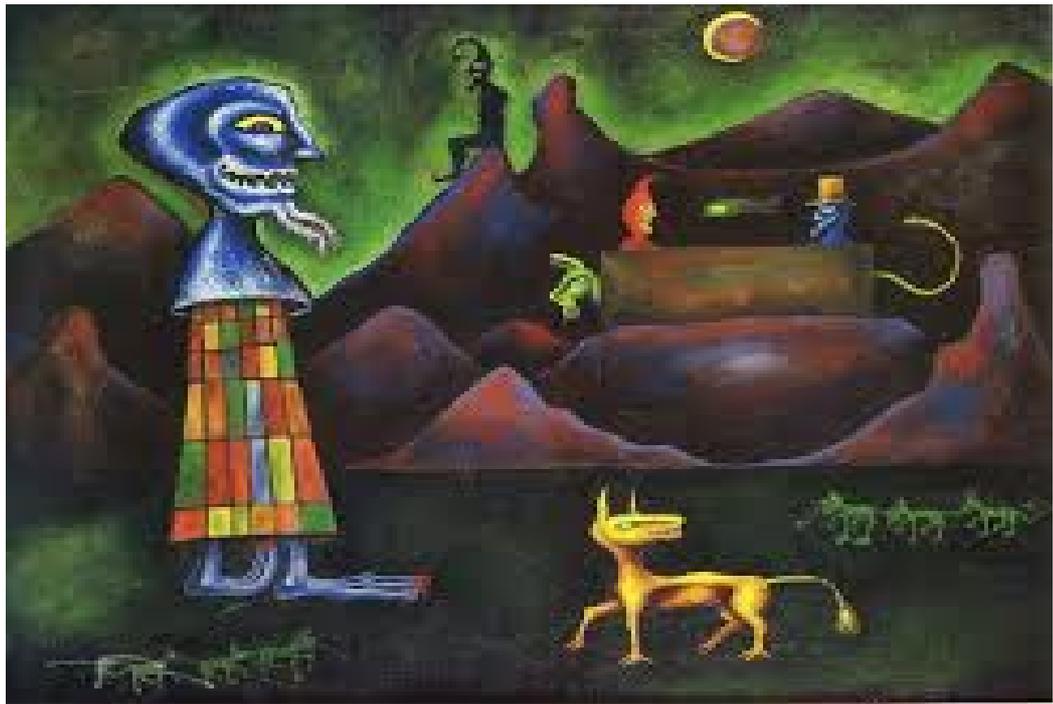


³ Jean Paul Sartre (1905-1980) y Albert Camus (1913-1960), escritores franceses.

¹ Una famosa prisión de París.

² Región siberiana que servía de campo de esclavitud y de muerte para disidentes soviéticos.

³ Campo de exterminio nazi en territorio polaco durante la Segunda Guerra Mundial.





DE 14 A 20

L'Associació de Pares i Mares d'Alumnes (AMPA) de l'Institut Puig Castellar, amb l'objectiu de promoure l'interès per la literatura i l'expressió escrita entre els joves de Santa Coloma de Gramenet, convoca per cinquè any consecutiu el concurs literari "De 14 a 20".

BASES DEL CONCURS

- 1^a.** El concurs està obert a tots els joves d'entre 14 i 20 anys que visquin, estudiïn o treballin a Santa Coloma.
- 2^a.** Poden presentar-s'hi treballs escrits en català o en castellà.
- 3^a.** Els relats presentats poden ser de ficció o de testimoni de fets ocorreguts.
- 4^a.** La dotació del premi és de 200 € per l'obra guanyadora i de 100 € per cadascuna de les tres finalistes. Una part d'aquests premis es lliurarà en metàl·lic i l'altra en un val per comprar llibres.
- 5^a.** Els textos aniran escrits amb lletra Times o Arial de 12 punts de mida, a doble espai i marges de 3 cm per cada banda, amb una extensió de 3 (mínim) a 20 folis per una sola cara.
- 6^a.** Els treballs poden enviar-se per correu electrònic (ampa@iespuigcastellar.xeill.net) o dipositar-se en un sobre tancat des de la data d'aquesta convocatòria fins el 16 d'abril de 2018 (data límit) a l'Associació de Pares i Mares de l'Institut Puig Castellar. En aquest mateix sobre s'inclourà la plica amb les dades de l'autor (nom i cognoms, edat i centre d'estudi o treball).
- 7^a.** El jurat del concurs estarà format per tres professors de diferents instituts, un membre de l'AMPA convocant i un escriptor local.
- 8^a.** Els premis poden declarar-se deserts si cap dels treballs reuneix la qualitat necessària.
- 9^a.** La decisió del jurat es farà pública el 23 d'abril de 2018, a les 17 h, en un acte literari a la biblioteca de l'Institut Puig Castellar.
- 10^a.** L'entitat convocant es reserva la possibilitat de publicar les obres guanyadores i algunes de les no premiades que es considerin d'interès.

Santa Coloma, 31 de gener de 2018